

cruz el último estertor de la agonía mezclado con la hiel y vinagre que humedecen sus labios, lejos de humillarse en el suplicio y en el dolor, se exalta, se glorifica como en su trono de nubes, vence y encadena la muerte, y desde aquel momento, la Cruz, el signo del crimen y de la deshonra, va ser el lábaro eterno de la victoria de la humanidad; pues Dios, que tan grande se manifiesta al inclinarse sobre el mundo recién creado para con su omnipotencia dar la vida al hombre, se manifiesta aún mas grande cuando se reclina en la tierra por su amor sobre la Cruz para recibir de manos del hombre la muerte. Estas dos ideas, la idea de la unidad de la naturaleza humana y la naturaleza divina en el Verbo, y la idea no menos grande, no menos trascendental de la exaltación de Dios en la Cruz, que San Juan presenta con tan admirable sencillez y con un gran rigor lógico y científico, son dos ideas, en que la doctrina de San Juan, como la doctrina de San Pablo, rompe el círculo de hierro en que los judíos habían querido encerrar la verdad cristiana, círculo de hierro que le hubiera oprimido y le hubiera ahogado en el mismo día de su nacimiento.

Frente á frente de Dios se levanta, según San Juan, el mundo. Dios lo había creado, y el mundo se volvió contra su Creador. Dios lo había coronado de flores, y el mundo coronó á Dios de espinas. Dios le había dado la luz del sol para que iluminara sus días, y el pálido reflejo de la luna para que encantara sus noches, y el mundo dió á su Dios las frías tinieblas de un sepulcro. Dios lo había suspendido en los infinitos espacios con el mismo cuidado que la madre suspende la cuna de sus pequesuelos, y el mundo suspendió á Dios de un patíbulo. Dios le mandaba su aliento, le refrescaba con las claras dulces aguas, y el mundo mandó á Dios su maldición, y aumentó su sed con hiel y vinagre. Dios hizo caminar al mundo entre los colores de las estrellas inundado de alegría, y el mundo hizo caminar á Dios por las piedras del Calvario y entre las serpientes del desierto. Dios, en una palabra, había dado vida al mundo, y el mundo dió á su Dios la muerte. Porque este mundo no es aquel mundo primitivo, inocente, que salió de las manos del Creador en los primeros días de la creación, sin una sombra, sin una mancha; aquel mundo en que todos los árboles ostentaban flores y frutos, y todas las aves cantaban con mágico acento, y todas las alimañas eran mansas y humildes como palomas, como corderos, y todos los mares mostraban su fondo trasparente como lagos, y todas las estaciones sonreían plácidas como la primavera, y todos los vientos volaban como las suaves brisas y las auras, y todas

las flores destilaban miel como la celeste campanilla, y todos los insectos vestían ligeras alas, hermosísimos colores, como la mariposa, y la vida corría tan pura como la inocencia del niño, y el hombre era tan hermoso, tan bueno como los ángeles, con la intuición de Dios en la mente, y el amor al bien en el fondo de su corazón, vaso lleno de todas las bendiciones divinas, y perfumado con todos los aromas de la entonces inmaculada naturaleza. Este mundo presente es un mundo oscurecido, es el mundo, según San Juan, dominado por Satanás, es un sepulcro cubierto de tinieblas, que en su seno encierra viles gusanos, y que anida las aves nocturnas entre sus sombras, es un mundo maldito. ¿Y quién ha estendido esa sombra? El pecado. ¿Y de quién es hijo el pecado? De la flaqueza del hombre y de la tentación de Satanás, dice San Juan. Pero el mundo, la obra predilecta del Creador, no puede ser siempre esta mansión de tinieblas; es preciso restaurarlo, devolverle su pristina pureza. Para este fin, Dios nos ha enviado su Verbo, su eterna palabra, su revelación. El rito antiguo ha desaparecido desde este instante, el sacrificio material se ha disipado como una nube de humo, el pueblo escogido ha dejado de poseer la dignidad primitiva del sacerdocio; el Verbo no es judío, ni griego, ni romano; ha venido del cielo á redimir todo el mundo. San Juan aquí completa la obra maravillosa de San Pablo. Los cristianos, perdidos en la Sinagoga, los cristianos, abrazados al antiguo altar, tendrán que abandonarlo, porque el fuego de ese altar no calienta ya el espíritu humano, que necesita la vida encerrada en la nueva idea que representan los grandes discípulos de Cristo. El Verbo que trae consigo el amor y la luz del cielo, restaurará el Universo, redimirá al hombre, y dándoles las fuerzas que les faltan, los llevará á la verdad, al conocimiento de su doctrina, testificada por sus milagros, por sus profecías, para que después de aprender en el Verbo, norma de nuestras acciones, su ciencia el entendimiento, su ejemplo la vida, seamos salvos por su muerte, que fué la manifestación mas clara y mas evidente del sublime milagro de su amor. Por eso el Evangelio es la reconciliación del cielo con el mundo, y de Dios con el hombre.

Cómo se ve bien claramente, toda la doctrina de San Juan está impregnada de un misticismo purísimo y entusiasta. Para él la vida, la luz, la verdad del mundo son como si no fueran; y solo ve en Dios la realidad de todas las ideas, la fuente de toda la vida. El mundo es á sus ojos como una nube de incienso, que debe perderse en la mansión del Eterno. Todas las cosas pasarán: el sol como un relám-

pago, las estrellas como flores de un día, el cielo como el suspiro del aura, el mar como una lágrima que se evapora, la tierra como el vuelo de un ave, y Dios quedará inmóvil, recogiendo en su seno inmortal la vida que al morir despidan todas las cosas, uniendo nuevos rayos de luz á las aureolas de sus ángeles con el destello que al apagarse en los espacios produzcan los mundos, porque solo Dios es la eterna verdad, la eterna luz y la eterna vida.

La idea que mas claramente indica el estado del ánimo de San Juan, es la idea de la fé en Dios. La fé para San Juan, como para el Apóstol de los gentiles, no se reduce á la creencia: la fé abraza tambien la voluntad. Para creer en Jesus, es necesario asentir á su doctrina, é imitar su ejemplo, como decia San Pablo. Ademas, es necesario, segun el comun pensar de los dos Apóstoles, tener el corazon lleno de amor hácia Dios y hácia nuestros hermanos, sentir esa pasion que nos lleve á vivir en Dios, como Dios vino á morir entre los hombres; para que así sea para Dios nuestra vida un testimonio del amor del hombre, como fué su muerte para el hombre un testimonio del amor de Dios. Al hablar del amor divino, el discípulo querido de Jesus se exalta, se engrandece de tal suerte, toma una elocuencia tan maravillosa, que se conoce muy claramente que aun guarda en su alma la imágen de Jesus, y en su corazon los suspiros de su pecho.

Dios, en premio de esta fé tan grande, de este amor, nunca puede abandonarnos. Es verdad que nuestra mente delante del sér absoluto se desvanece como la fosfórica luz de la trémula luciérnaga delante de los resplandores del día; pero la idea abstracta y pura de Dios se hizo concreta y humana en el Verbo, para que nosotros la oyéramos con nuestros mismos oídos, la viéramos con nuestros mismos ojos, la amáramos con nuestros mismos corazones, y siguiéramos sus huellas impresas en el polvo de la tierra con nuestra pobre vacilante planta. Es verdad, que el Hijo de Dios nos abandonó en la tierra; porque si bien pobló de sus palabras el aire, y purificó con sus lágrimas los arroyos, y regó con su sangre las piedras, y tñó con su mirada los cielos, y llegó á tocar con el reclamo de su amor los corazones, tambien es cierto que murió en la cruz, y se durmió en su sepulcro, y despertó para volver resplandeciente de gloria al lado de su padre. ¿Y es posible, que despues de aquella pasion tan cruenta, de aquellos padecimientos tan intensos, de aquella muerte tan gloriosa, aún estemos huérfanos y vivamos sin Jesus, que tanto nos ha amado? San Juan no deja en este desconsuelo el corazon del hombre, no; le ense-

ña, que así como el Padre se revela en toda la primera fase de la eterna religion, en la Biblia, y el Hijo en toda la segunda fase de la eterna religion, en el Evangelio, el Espíritu procedente del Padre y del Hijo se revelará en toda la historia, en toda la vida, siendo como el lazo de amor que une la tierra con el cielo, como la eterna presencia de Jesus en la naturaleza y en el espíritu, como la mística paloma que trae en su pico el pan de la vida para sostener al hombre. El Padre es el sér absoluto, es la esencia divina, es el eterno vivificador de la naturaleza y del espíritu, es la vida; el Hijo es la idea concreta, es la encarnacion de la divinidad en el hombre, es el amor; el Espíritu es la ciencia, es la eterna inspiracion de Dios en la humanidad, es la luz; y así Dios llena toda el alma de la humanidad.

¿Y el corazon del hombre podrá faltar á Dios, que le trajo la luz, el amor y la vida? El hombre, que conoce á Dios, lleva en sí su espíritu, y no puede faltar á su amor. Cuando el hombre falta, cuando peca, es porque no reconoce ni recuerda la idea de Dios, y el sentimiento que tiene de su poder y de su grandeza. El cristiano, que recuerda el sacrificio de Dios por su alma, no mancha el alma santificada por las bendiciones y el rocío del cielo. El cristiano vuelve á Dios todo el amor que Dios le ha inspirado. Y al mismo tiempo que vuelve á Dios ese amor, lo irradia en rayos de suave luz sobre sus hermanos en Cristo, sobre los individuos de una inmensa comunión, sobre los hijos de una misma Iglesia. Y este amor bañado en la luz divina, es como la esencia, como el aroma purísimo de ese otro amor, que los hombres deben sentir entre sí para estender su alma [por el mundo y dilatar su vida hasta el cielo. Porque si el hombre se ama solo á sí mismo, su alma se torna estéril, y si ama á Dios y en Dios á los demas hombres, su alma es como una armonía viva, como una imágen del cielo. Solo en Dios el hombre alcanzará la vida.

La vida en Cristo no es la vida que se pierde como una hoja seca, no es la vida que pasa como un suspiro, no es la vida que se desvanece como una sombra, no es la vida que se evapora como una lágrima, no es la vida que se disipa como un aroma, no es la vida manchada por el insecto roedor, herida por llagas cancerosas, vida imperfectísima, que tiene siempre sobre sí pendiente como una eterna amenaza la guadaña de la muerte, no, es esa vida llena de angustias y dolores que se hiere con el placer como con la desgracia, que está inquieta en el reposo é inerte en el movimiento; que toma todas sus ideas por sombras sin color; y sigue con ansia una sombra; vida de un día, que es

como una perpetua congoja; no, la vida en Dios, la vida que guarda bajo sus nacaradas alas el ángel de nuestra esperanza, es serena, tranquila, libre de imperfecciones y de continuos cambios, perenne, y corre delante de Dios en majestuoso curso entre un cauce de flores que han hecho brotar sus virtudes, reflejando en la corriente de la actividad infinita de su pensamiento y de su amor, toda la hermosura y toda la claridad de los cielos, como que es la vida, que ascendiendo en impalpables vaporosas gasas desde el barro de este bajo mundo á las alturas, se ha condensado nuevamente al beso de Dios en la eternidad, cual una transformacion maravillosa de nuestra naturaleza en otra naturaleza mas grande y mas sublime, en que la inteligencia tiene la intuicion de lo infinito, y el corazon se pierde en el divino amor. Esta vida es la promesa de Jesus, el premio de la redencion, es la esperanza del corazon, es el eterno ideal que se oculta entre los resplandores del cielo, es la estrella que el apóstol querido señala á sus discípulos como el eterno objeto de sus deseos y de sus pensamientos, es el resumen de toda su doctrina, de todo su maravilloso Evangelio.

San Juan representa las dos fases de la idea cristiana en este primer siglo. Por el Apocalipsis pertenece á la primera época, por el Evangelio á la segunda. En el Apocalipsis se ve por sus ideas, por sus imágenes, por sus cuadros que el sentido de los cristianos sometidos á la Sinagoga domina aún su corazon y su inteligencia; en el Evangelio se ve por sus ideas, por sus imágenes y por sus cuadros que ha respirado el balsámico soplo de la Grecia. En el Apocalipsis nos presenta el leon de Judá irritado, los muertos levantándose de su sepulcro al eco de la trompeta del ángel, los mártires agitando sus palmas, y pidiendo al Señor un castigo para sus verdugos; y el Evangelio nos ofrece el Dios de amor, la nueva vida en el cielo, la fuerza del Verbo para salvar al mundo, las eternas esperanzas, que se guardan tras los coros del mundo. En el Apocalipsis todos los recuerdos son de la Biblia, todas las ideas están impregnadas del espíritu judío, que es la primera manifestacion del Cristianismo; en el Evangelio, todos los recuerdos son puramente cristianos, todas las imágenes caen de un corazon encendido en amor purísimo, todas las ideas están impregnadas de este espíritu universal, que rompiendo la corteza del antiguo templo, se dilataba por todo el mundo, y recogia en su seno á todos los pueblos. El Apocalipsis y el Evangelio son dos monumentos cristianos, hijos de un mismo autor, pero escrito el primero á la sombra de la idea antigua para edificar al pueblo hebreo, y escrito el segundo

entre los reflejos del mar de Grecia para atraer á la nueva religion todos los hombres, para bautizar en el nuevo espíritu de vida especialmente á los paganos. Así el Evangelio rompe el recinto estrecho en que se agitaban los primitivos cristianos, muestra que el templo mas digno de Dios, es la conciencia de la humanidad, enseña las ceremonias y los ritos caidos en el polvo merced á la reconciliacion del hombre con su Criador por medio del Verbo, y abre los brazos para recibir á los paganos, á todas las gentes, porque Jesus no es hijo de Dios, es hermano de todos los hombres, y ha sido enviado para redimir de la culpa á todos los pueblos. El destino del primer siglo está consumado.

Resumamos todas las ideas capitales, que hemos encerrado en estas dos lecciones, que estudian el cristianismo en su primer siglo. El pueblo judío debia ser elegido para dar la idea religiosa al mundo, porque el pueblo judío guardaba en su templo la unidad de Dios. El pueblo judío habia llevado esta idea entre las tempestades, y como un solitario, como un eremita, se habia refugiado en el seno de una caverna para que el viento no apagase, no estinguiese su idea. Todas las razas de la tierra habian pasado ante el pueblo judío, y el pueblo judío habia resistido á sus espadas, á sus encantos, á sus cadenas. Babilonia le habia sometido, y en su cautiverio se dilató el horizonte de sus esperanzas. Grecia cantó sus antiguas dulces armonías en sus oídos, y la idea griega fué como una flor nueva nacida en el ara de Jehová. Alejandro con su espada abrió un camino triunfal á la idea griega, y el pueblo judío holló este camino para llevar por el mundo su Dios y su culto. Roma llevó á Jerusalem sus águilas, y bajo las alas de la águila creció el espíritu del pueblo judío, la idea de su conciencia y de su vida. Protestó contra los romanos con todo el vigor de su espíritu, y vencido, no resignó á su vencimiento. La esperanza de un salvador, de un mesías, fué el refugio, el asilo de su corazon atribulado y dolorido. Todos los días en las calles de Jerusalem se levantaba un libertador, que blandia su espada como una eterna amenaza sobre la frente de los romanos. Estos libertadores del pueblo vivian vida tempestuosa en las calles y en los campos, y morian muerte dolorosísima en el patíbulo, en la cruz. Y de aquí dos partidos en el seno de Judea, un partido, que transigia con el espíritu pagano, el saduceo; un partido, rigido, severo, incontrastable, que no transigia con el espíritu de ningun pueblo, con la idea de ninguna raza, los fariseos. El saduceo llevaba al pueblo judío las ideas de todos los pueblos, y el fari-

se aislaba al pueblo judío en el seno de su templo, para que su idea no se perdiese entre el tumulto de los antiguos dioses. Y allí en el fondo de los desiertos, lejos de la vida civil y política, y religiosa de los hebreos, se refugiaban sectas que rompían todo lazo con la tierra, que vivían vida común, que buscaban un nuevo Dios en la soledad de su pensamiento y de su conciencia. Y aquí, en el desierto, se levantaban los últimos profetas, los que venían á preparar las vías al verdadero Dios. Por fin, y en consonancia con las promesas del Señor, y con el estado verdaderamente extraordinario, aparece en la Judea Jesucristo, el redentor de los hombres, el salvador, no de un pueblo, de una raza, no, el salvador de toda la humanidad. Nacido en la pobreza, criado en el dolor, errante en sus primeros años, encerrado en los desiertos, seguido de unos pobres discípulos educados á las orillas del mar de Tiberiades, al revés de todos los reveladores, no se dirigió á los sacerdotes, sino al pueblo; no predicó á los soberbios, sino á los humildes; no amó á los fuertes, sino á los débiles; no buscó guerreros que estendieran por la fuerza su doctrina, sino el corazón del niño, el amparo del desvalido, las lágrimas de la pobre mujer, las bendiciones de los desheredados; y con su doctrina y con su ejemplo mostró que no solamente traía á la tierra y á la conciencia humana una nueva idea, sino también una nueva vida. Cristo no había venido á destruir la ley y los profetas, sino á completarlos y cumplirlos; no había venido á continuar la opresión de los pueblos, sino á declararlos á todos libres, iguales y hermanos; no había venido con sed de mando y de riqueza, sino con sed de amor para el pobre; no había venido á mantener la ley del fuerte contra el débil, sino á exaltar al humilde, al desgraciado, al inocente; no había venido á continuar la guerra del hombre contra el hombre, sino á volver bien por mal, á orar por los que le perseguían y le calumniaban, á ofrecer un ideal de perfección á sus enemigos, á dar vida eterna con su muerte á sus mismos martirizadores, á sus propios verdugos; señal evidente de que encerraba en sí la naturaleza de un Dios. Esta doctrina debía ser contrariada por los fariseos, debía ser perseguida por los sacerdotes de la antigua ley. Y en efecto, Jesús muere; pero deja su herencia á sus discípulos. Era necesario estender esta gran doctrina moral del bien práctico y positivo por el Oriente, embriagado con su misticismo y sus ensueños; ofrecer este ideal de dolor y de sufrimiento á la Grecia, hundida en su lecho de flores y embriagada con su vino de Chipre; elevar este ideal de la debilidad y de la mansedumbre á los ojos de Roma pretoriana,

adoradora de la guerra; infundir, en una palabra, este soplo de libertad en la tierra bien hallada con su antigua histórica servidumbre. Y para esto, el espíritu de Dios descendió del cielo á iluminar á los apóstoles de la nueva doctrina, porque el espíritu de Dios jamás abandona á la tierra en sus grandes crisis, á la humanidad en los momentos decisivos de su vida. El Cristianismo venía de la antigua ley, pero era necesario que rompiese sus ceremonias, sus ritos, como la caña de trigo rompe la semilla para dar de sí más tarde la dorada espiga. El Cristianismo debía manifestar en su primera manifestación que era hijo natural del Antiguo Testamento, porque si no nunca hubiera convertido al Oriente. Y esta primera necesidad la satisfacen San Pedro y Santiago. San Pedro y Santiago no se apartan de la Sinagoga, no llaman á los paganos, no quieren que los neófitos sean admitidos sino después de la circuncisión y de las ceremonias antiguas, fundando aquella primera Iglesia de Jerusalem, humilde, modesta, que maldice á los poderosos y exalta á los pobres, que establece la comunidad de bienes, que no estiende sus ojos más allá de la Judea. Esta primera manifestación cristiana está perfectamente representada por Santiago y San Pedro. Y la doctrina cristiana no debía encerrarse en el Oriente, debía pasar á Roma, porque si era necesario que el Oriente se despertase de su sueño místico para darse á las buenas obras, era también indispensable que Roma encontrara un ideal de virtud capaz de domar su fuerza, y Grecia, un amor purísimo, que la limpiara de sus amores epicúreos y carnales, y el mundo, la libertad y la vida, que lo sacaran del fondo de las gemmanas de los esclavos. Para mostrar el cristianismo universal, Dios tocó el corazón de uno de sus más ardientes enemigos, en San Pablo. Con él comienza la edad de la fe, y concluye la edad de los ritos, y de las ceremonias antiguas. Activo, batallador, de un carácter severo, de una fuerza de voluntad incontrastable, innovador como toda alma grande y generosa, práctico, sumamente práctico y positivo en sus obras, gran organizador, carácter que parece impropio de los apóstoles y propagadores de una nueva idea y de una nueva doctrina, sufre como un mártir; dispuesto á desafiar toda suerte de inclemencias por su fe; el gran Apóstol, alza sobre las ruinas de la Sinagoga la Iglesia universal, abre los brazos á los gentiles, destruye los ritos y las ceremonias mosaicas, proclama que la verdadera circuncisión es la circuncisión del alma, predica la salvación por la fe en la verdad viva y manifiesta en Cristo, nos ofrece al Salvador como la

imágen visible del Dios invisible, como el resplandor de su gloria, como la encarnacion de su sustancia, único mediador entre la tierra y el cielo, y de esta suerte muestra la universalidad de su doctrina y la grandeza de su fé. Era necesario estender estas doctrinas por otros mas dilatados horizontes, mostrar que el Verbo está en Dios como la luz en el sol, como la vida en el mundo; unir á los hombres con su Dios por medio del amor, de la caridad, y este gran fin lo cumple S. Juan, el discípulo predilecto, el compañero de Jesus, el testigo de su muerte y de los triunfos de la Iglesia, San Juan que vive un siglo, y que corona con su Evangelio los tiempos apostólicos.

Las ideas principales de S. Juan son la esplicacion del Verbo, y las relaciones del hombre con Dios. El Verbo en la tierra habia sido explicado antes de S. Juan; la esplicacion del Verbo en el cielo corresponde á este maravilloso apóstol. Y al mismo tiempo que explica las relaciones de identidad y de diferencia del Verbo con Dios, explica las relaciones de armonía del hombre con su Creador. S. Juan, iluminado con ese amor divino, que es la esencia de su vida, la luz de su doctrina, no se contenta con acercar los hombres á Dios, quiere unirlos, sí, unirlos indisolublemente por medio del Verbo, Dios y hombre á un mismo tiempo; del Verbo, que habre á la frágil humanidad el océano de la vida celeste, de la vida perenne, de la vida divina, en cuya presencia son como minutos los siglos de los siglos. S. Juan explica tambien admirablemente el sentido de la vida futura, no bien comprendida por los primitivos cristianos. Por medio del amor al Padre está unido con el Hijo, y el Hijo con el Espíritu, y el Espíritu con la Iglesia, y la Iglesia con toda la humanidad. Así el hombre se levantará del fondo de la tierra, se despertará del seno de la muerte, y trasformándose por la gracia y el amor divino, dejará su frágil naturaleza, su naturaleza de un día aquí en la tierra, para subir mas allá de los mundos á participar en el seno del Padre de esa vida divina, que ha criado todo el universo. Hé aquí cómo Dios habia completado su idea. San Pedro, Santiago y San Márcos habian explicado la ley; S. Pablo, S. Estéban y San Lucas la fé, y la idea de la humanidad unida en el cristianismo; S. Juan el amor y el Verbo unido con Dios. Tal es la doctrina contenida en los primeros monumentos del Cristianismo. El Padre, centro de la vida; el Hijo, revelacion del Padre en el tiempo; el Espíritu, unido con el Padre y el Hijo, y revelándose á toda la humanidad en la Iglesia. El Padre como Creador es vida; el Hijo como redentor es Amor; el Espíritu como re-

velador es luz. El Padre, el Hijo y el Espíritu son la vida, la luz y el amor del mundo. No lo olvidemos. Todavía me parece que veo á Jesus en la montaña predicando una moral como no la habian podido presentar los filósofos del mundo; todavia el eco de su palabra está en el aire bendito que respiro, porque las palabras del sermón de la montaña todos los días me las repetia mi madre; todavia me parece ver al jefe de la Iglesia llamando á los judíos, estableciendo la Iglesia, espirando en el polvo de la ciudad romana, en aquel polvo, del cual, como del polvo del Paraiso, habia de salir una nueva humanidad; todavia me parece que veo el Apóstol de los gentiles, perseguido por los fariseos, calumniado por sus hermanos, lleno de tribulaciones entre los tormentos y el fuego de las hogueras y los aullidos de las muchedumbres predicar la verdad divina; todavia mi espíritu se detiene en Efeso, se cierne sobre la isla de Patmos, y en aquella hermosa soledad, en la hora en que la sirena griega exhala su último canto en las ondas celestes del Mediterráneo, y el sol se, pierde en el indeciso límite del horizonte y aparece la primer estrella en el desierto cielo, vé cómo el Apóstol querido escribe su Evangelio, la última palabra del Cristianismo en el primer siglo, la corona de esta obra inspirada por Dios, que va á ser el ideal de la humanidad.—He dicho.